

MAREK BIENĆZYK

MELANCOLÍA

DE LOS QUE LA DICHA PERDIERON
Y NO LA HALLARÁN MÁS

TRADUCCIÓN DEL POLACO
DE MAILA LEMA

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Melancholia*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Marek Bieńczyk
© de la traducción, 2014 by María del Pilar Lema Quintana
© de la ilustración de la cubierta, by Adam Kozak/ Agencja Gazeta
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.



ISBN: 978-84-16011-05-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 2435-2014

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*
PRIMERA EDICIÓN *abril de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

I

EN LA PLAZA DEL CARRUSEL

EL CISNE

A Victor Hugo

I

Pienso, Andrómaca, en ti. Ese escaso riachuelo,
triste y mísero espejo que antaño reflejara
la inmensa majestad de tu dolor de viuda,
ese falso Simois que creció con tu llanto,

fecundó de repente mi ubérrima memoria
cuando yo atravesaba el nuevo Carrousel.
Se fue el viejo París (las ciudades, ay, cambian
con mayor rapidez que un corazón humano).

Sólo veo en espíritu aquellos barracones,
aquel montón de fustes y rotos capiteles,
los hierbajos, los bloques que el charco verdeaba
y el caos del baratillo, brillando en los cristales.

Allí estuvo instalada una casa de fieras
y allí vi una mañana, cuando bajo los cielos
luminosos y fríos se despierta el Trabajo,
y el muladar exhala un sombrío huracán,

a un cisne, de su jaula escapado, que frotaba
con las patas palmeadas el duro pavimento,
arrastrando por tierra su nevado plumaje.
Junto a un arroyo seco el cisne abriendo el pico

bañaba muy nervioso las alas en el polvo,
y decía, añorando los lagos de su patria:
«¿Cuándo, lluvia, vendrás?, ¿cuándo te oiremos, trueno?».
Veo a aquel desdichado, mito extraño y fatal,

levantando hacia el cielo, como el hombre de Ovidio,
hacia el cielo burlón y cruelmente azulado,
su cabeza sedienta en su cuello convulso,
como si dirigiera sus reproches a Dios.

II

¡Cambia París! Mas nada se mueve en mi tristeza.
Esos nuevos palacios, aquellos viejos barrios,
todo se vuelve ahora para mí alegría
y mis caros recuerdos me pesan más que rocas.

Así, frente a este Louvre una imagen me oprime:
pienso en mi blanco cisne, con sus gestos de loco,
como los desterrados, ridículo y sublime,
roído por deseos. Y luego pienso en ti,

Andrómaca, caída del brazo de su esposo
a las manos de Pirro, como una oveja vil,
extática y doblada en la tumba vacía,
a un tiempo viuda de Héctor y de Heleno consorte.

Pienso en la pobre negra, enflaquecida y tísica,
que mientras pisa el barro con la mirada busca
aquellos cocoteros del África soberbia
detrás de la muralla inmensa de la niebla;

en todo el que ha perdido lo que ya no se encuentra;
en quien la sed alivia bebiéndose su llanto
y mama de la Pena como una noble loba;
en el huérfano endeble que se seca cual flor.

En medio de la selva donde mi alma se exilia
un antiguo Recuerdo toca con fuerza un cuerno.
Pienso en los olvidados marinos en su isla,
en el preso, el vencido ... ¡y en muchos más también!

CHARLES BAUDELAIRE

Transeúnte, detente ante el nuevo Carrusel (ahora que ya has leído este poema, algo para mí muy importante).

Hoy (a punto de terminar el año 1996, cuando ya están madurando los vinos con los que se brindará por el nuevo milenio) se ha puesto fin a la última de las obras y, aunque aún haya retoques pendientes y no hayan retirado por completo los andamios, la plaza se ha abierto al público. Pero hasta este momento, durante los últimos años, la plaza del Carrusel ha sido, como en el París de Baudelaire, un enorme campo de «barracones [...] fustes y rotos capiteles», «hierbajos» y «los bloques que el charco verdeaba». Casi un siglo y medio ha pasado desde aquellos errantes paseos urbanos de Baudelaire, de los que el poema «El cisne» constituye una de las descripciones más bellas: París, tras una década de afanados trabajos, ha creado junto al mismo Louvre un espacio para la experimentación melancólica donde se encuentran ahora, como se encontrarán entonces, los escombros en retirada, la antigua ciudad y esa otra ciudad nueva aún, poco nítida, fragmentada, que se levanta sobre aquélla.

En una conferencia inaugural pronunciada a escasos metros de aquí, en el Collège de France, y dedicada al «fin de la utopía y el retorno de la melancolía», Wolf Lepenies hablaba hace poco de un nuevo momento histórico en el que puede volver a prevalecer una tendencia a la melancolía en el pensamiento europeo. Ha llegado de nuevo un tiempo

para la melancolía, anunciaba, y también advertía de un giro más de esa moneda de los hechos del viejo continente en que la utopía y la melancolía son—como escribió Günter Grass—la cara y la cruz. Ciertamente es que las últimas utopías se han ido desintegrando: la caída del Muro de Berlín puso fin a la utopía socialista del «fin» y, con ella, a la utopía capitalista de «los medios» basada en la convicción de que el desarrollo del conocimiento y la técnica eran la mejor manera de lograr que prosperara en Europa y en el mundo entero la sociedad civil. Aun así, el *homo europaeus* no tiene derecho ahora, en un nuevo momento de desilusión histórica, a refugiarse a toda prisa en la melancolía. Lepenies concluyó su conferencia recordando las palabras de Paul Valéry: «El juicio más pesimista sobre el hombre, y las cosas, y la vida y su valor, concuerda maravillosamente con la acción y con el optimismo que ésta exige. Esto es europeo».

Prácticamente al mismo tiempo, aunque a un kilómetro de distancia, Jean Baudrillard disertaba, por el contrario, sobre la utopía que se ha hecho realidad en la última década de la mano de los fenómenos generalizados de «orgía de la liberación» e «inmortalidad técnica». Vivimos, asegura Baudrillard, en un mundo postorgiástico en el que hemos abierto todas las posibilidades, se han recorrido todos los caminos, exprimido todos los medios de producción e incluso de sobreproducción virtual de cosas, de ideologías, de mensajes... En esta locura de saciedad, en este delirio de explotación de nuestras posibilidades productivas con el desarrollo de técnicas psicológicas y deportivas de «realización» de uno mismo, de «exaltación» de nuestra identidad y de nuestro valor práctico, hemos conseguido—a semejanza de un inagotable disco compacto—un aterrador y peligroso estado de hartazgo en el que no hay lugar para la pérdida, para la carencia, para estados de melancolía po-

tencialmente salvadores en esta nueva vuelta de la civilización: la alteridad, la diferencia, la añoranza.

Entre la luz roja y la verde, entre el «no te dejan estar, ni falta que hace» y el «podrías estar, pero ya no cabes» que se le dice a la melancolía en este fin de milenio, escoge tú, transeúnte, lo que te plazca, pero antes acompáñame a la plaza del Carrusel para echar un vistazo a los diferentes semblantes de la melancolía.